

Varón. 32 años. Raza blanca y compleción fuerte. – Sonaba la voz de la Dra. Moncada, a través de la grabadora de la sala de Autopsias-. Se hallan dos heridas inciso-contusas en el lado derecho del cuello, con orificios redondos y profundos.

Presenta una anemia brusca con signos de hemólisis, que le ha producido la muerte, sin existir causas concretas para poder explicar la pérdida de sangre, pues todos los órganos están intactos y en perfecto orden.

Inexplicable –dijo, a la vez que apagaba la grabadora-. Ya veremos qué dice la policía de este informe tan incongruente y poco científico.

Margaret estaba compungida, no se lo podía creer, llevaba años sin alimentarse de aquella manera, todavía no se explicaba qué es lo que la había llevado a comportarse así, bueno sí lo sabía, había perdido los nervios ante una situación extrema. Llevaba años en perfecta consonancia con los humanos, totalmente integrada en su mundo, con una vida totalmente normal, o casi, vivía de noche, trabajaba en un parking con horario nocturno y dormía de día. Cada 50 años cambiaba de ciudad y volvía a empezar.

Aquella noche, volvía a su casa, después de haber terminado su turno, a punto de amanecer. Iba pensando en sus cosas, pero con una extraña sensación, una sensación que no se le presentaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

Iba impecablemente vestida, como siempre, teniendo cuidado de no llamar demasiado la atención, aunque eso era imposible pues estaba igual de esbelta que cuando tenía 18 años, delgada, porte atlético y con unos profundos ojos verdes. Llevaba un pantalón negro muy ajustado y una blusa blanca debajo de un abrigo tres cuartos de piel. *Ya iba siendo hora de cambiar de destino*, –pensó. En estas consideraciones iba

pensando, cuando un sujeto la asaltó en medio de la calle, llevaba una pistola, *del tipo 9 mm* –pensó Margaret.

–Dame todo lo que lleves encima si no quieres que te pase nada –dijo el individuo en cuestión.

–No tengo absolutamente nada encima – contestó Margaret– sólo llevo las llaves de mi casa y poco más.

–No me cuentes milongas, una mujer sola a estas horas de la noche, viene de putear y debes llevar todo el dinero encima para dárselo a tu chulo, así que suéltalo si no quieres que te meta un balazo.

–En serio, te repito que no tengo nada encima y vengo de trabajar –adujo ella empezando a fastidiarle aquella situación.

Sin casi darse cuenta, el individuo le propinó un puñetazo que la hizo perder el equilibrio, al tiempo que le cogía el bolso, mientras que con la otra mano sujetaba firmemente la pistola sin prestar demasiada atención.

Al intentar moverse para controlar la situación, la pistola se disparó y le alcanzó de pleno a Margaret en el pecho.

Después de un momento de confusión, Margaret se levantó del suelo, sangraba pero no estaba herida, la herida se había cerrado, ella no podía morir.

Algo en su interior empezó a cambiar, sus ojos verde mar empezaron a mostrar otro color, ella vió su reflejo amarillo en los ojos tremendamente desconcertados del asaltante, al mismo tiempo sus incisivos empezaban a desarrollarse rápidamente en el interior de su boca y una fuerza descomunal empezó a correr por sus venas.

Lo levantó con una sola mano, ya no podía echar marcha atrás, ya no podía dejarle marchar, acababa de ver la transformación de Margaret, y eso que hacía más

de 300 años que no se producía. Una ira tremenda y un odio fuera de lo común hacia ese simple mortal, le hicieron reaccionar.

Con una violencia inusual en ella, le mordió con saña, con avidez, apurando hasta la última gota de su sangre.

Después más tranquila y relajada, caminó hacia su destino.

Ya toca cambiar de lugar – pensó mientras se alejaba.